

## 5. EL DESPERTAR DEL PATRIOTISMO

### A) COMPRENSIÓN DEL COLONIALISMO

#### Voluntad de coloniaje

Dos maneras de entender a la Argentina coincidieron desde los orígenes (y aun se pueden rastrear en los tiempos españoles). La Argentina entendida como nación y la Argentina pensada como colonia. Aquella que mira hacia adentro y aquella que depende de afuera; la formada por toda la población, con sus propias modalidades, y la otra constituida por una sola clase de la población, que se piensa y actúa como si fuera la comunidad entera.

No quiero repetir exposiciones hechas tantas veces, sino referirme a un hecho ocurrido en los años treinta y que puede llamarse «el despertar del patriotismo». Lo voy a hacer con citas de dos libros de Alberdi, uno de 1852, el otro de 1871, tremendamente contradictorios entre sí, como fue contradictorio el genial tucumano en su búsqueda incesante de la realidad y la conveniencia argentinas.

Empiezo con *Bases* de 1852. Había caído la Confederación Argentina de Rosas, bárbara para sus enemigos, patriota para sus entusiastas. Sobre las ruinas de un país plebeyo que era dueño de su economía, igualitario en su distribución social y celosa de su soberanía, debió construirse otra Argentina totalmente diferente. Una patria que mirase hacia fuera en reemplazo de la patria que miraba hacia adentro.

Dice el libro de Alberdi:

«Proteged empresas particulares para la construcción de ferrocarriles, colmadras de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable sin deteneros en los medios; preferid este expediente a cualquier otro (...) entregad todo a los capitales extranjeros, dejad que los tesoros de afuera, como los hombres, se domicilien en nuestro suelo; rodead de privilegios al tesoro extranjero (...) nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen ideas más acertadas sobre el modo de hacer prosperar esta América (...) las ficciones del patriotismo, el artificio de una causa puramente americana, de que se valieron como medio de guerra, los dominan y poseen hasta hoy mismo... Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar, ligar, para contener a Europa, y al general San Martín aplaudir en 1844 la resistencia de Rosas a las reclamaciones accidentales de algunos estados europeos (...) la gloria militar que absorbió sus vidas los preocupó más que el progreso (...) pero nosotros, más fijos en la obra de la civilización que en la del patriotismo de cierta época, vemos venir sin pavor todo cuanto a la América pueden producir acontecimientos grandes (...) *uhi Nene ihi patria* (...) vale más la espiga de la paz que es de oro, no el lenguaje del poeta sino del economista. Ha pasado la época de los héroes, entramos hoy (*después de Caseros*) en la edad del buen sentido (...) la paz nos vale el doble que la gloria»<sup>1</sup>.

La Argentina que se construyó después de Caseros —y sobre todo después de Pavón— no puede llamársela una «nacionalidad». Dejemos de lado el cisma que la dividió entre 1852 y 1861

en dos estados enemigos (los «catorce ranchos», con autoridades en Paraná y constitución propia, y el «Estado» de Buenos Aires con su constitución de 1854, que le daba soberanía interior y exterior); la verdad es que la época equivocadamente llamada de la «organización nacional» o de la «constitución», es de desorden nacional y de pluriconstitucionalismo (en el papel), sin que rija la verdadera Constitución argentina del pacto federal de 1831, que formó y organizó nuestro país. Dejemos de lado que los «catorce ranchos» y el «Estado» en su guerra de nueve años entregaron todo lo que era mercable —navegación de los ríos, fronteras, defensa de la República Oriental y del Paraguay, protección aduanera, soberanía en fin— a Inglaterra o Brasil a cambio de armarse el uno contra el otro. Dejemos de lado el cambio social por el aniquilamiento de la población campesina laboriosa (el «gaucho»), que empieza en 1852 en el «Estado» con los contingentes para la guerra de indios (he dicho que *Martín Fierro* no es un poema de imaginación), y se extiende en 1861 a los «catorce ranchos», con el genocidio deliberado de poblaciones nativas que producía, por reacción, las guerras del Chacho y de montoneras, y el drenaje de «voluntarios» para la guerra del Paraguay. Dejemos de lado el empobrecimiento de los artesanos criollos por la ley librecambista de aduana dictada por el «Estado» en 1854, extendida en 1861 a la República reconstruida.

En 1861 se reconstruye la unidad nacional, ensamblándose en un solo cuerpo los restos del naufragio. El «Estado» ha acabado por imponerse a los «trece ranchos» en la batalla de Pavón y ocupa con sus ejércitos el interior. Su gobernador pasa a ser presidente de la República y la Constitución de 1853, convenientemente retocada, será ley (si no real, por lo menos escrita) en las catorce provincias. La filosofía de Alberdi, que no puede decirse que fuese personal de Alberdi, y sí el pensamiento de la época, se aplicaba desde 1852 tanto en los «catorce ranchos» como en el Estado». Aunque su autor, por una de esas paradojas de la historia, quedara al margen de la victoria de Pavón.

¿Lo que se reconstruía en 1861 era la «nacionalidad argentina»?... Un Estado sujeto a voluntades exteriores, sin libertad de decisión, y que sólo aspira a los relativos y retaceados beneficios materiales para una sola clase privilegiada de su población, no es una nacionalidad. Un Estado puede ser pequeño, económicamente subdesarrollado y aún encontrarse sometido por las armas, sin dejar de ser una nacionalidad si tiene *mentalidad nacional*, y obra, dentro de sus posibilidades, con voluntad independiente. Que fue el caso de la Argentina de Rosas.

Pero si acepta voluntariamente el tutelaje exterior es porque ha reemplazado la mentalidad nacional por una «mentalidad de colonia». Y aquí me permitiré algunas reflexiones sobre la mentalidad de coloniaje. La dominación exterior no es (no es tanto) una imposición desde afuera como una aceptación desde adentro. Un país es colonia cuando quiere serlo. La dominación imperialista es indirecta, y se apoya primordialmente en la voluntad de los nativos. El Estado dominado mantiene las formas exteriores de la soberanía: una independencia política, por lo menos aparente, contornos delineados en el mapa con colores distintivos, un Gobierno emanado de la decisión o el asentamiento de una clase —social, económica o militar— de la población, un orden jurídico que más o menos se respeta y posee símbolos: la bandera, escudo, himno, «próceres» y «constitución» que se sobreponen a la comunidad a la que deben traducir. Esos símbolos, desnudados de realidad y enfriados de alma, serán la «patria de los coloniales que no obstan, al contrario, el dominio exterior».

El dominio que ejercen las metrópolis sobre las colonias sucede cuando coinciden, material y espiritualmente, los intereses de los metropolitanos con la clase dominante en una colonia. El mismo Alberdi —el «otro Alberdi» de 1871, que está de regreso de muchas cosas— pintó los apoyos nativos de la dominación extranjera en la Argentina de ese tiempo en su poco conocida —comprensiblemente— *Peregrinación de Luz del Día, o Viaje y aventuras de la Verdad en América*, editado en París.

Este libro (al que he tenido ocasión de referirme en ocasiones) es una sátira en clave de la Argentina gobernada por Sarmiento, donde es grande la influencia cultural y periodística de Mitre, hábil el manejo electoral de Alsina y dominante el capital británico en forma de empréstitos, inversiones financieras y concesiones ferroviarias.

Es el *antibases*, el «mea culpa» del autor de las Bases.

«Triste destino el de Alberdi —decía yo en 1944—: asistir impotente a la materialización cruel de la Argentina que soñara en sus *Bases*. Como el aprendiz de mago de la antigua conseja alemana no podía detener las fuerzas del mal que había evocado en 1852. Y en vano grita a los cuatro vientos de la ciudad extranjera donde se ha refugiado su verdad, su *Luz del Día*, compuesta con tanto dolor. ¡Triste destino el suyo! En tiempos de la Patria Vieja había emigrado para construir una Nueva. Y ahora que la otra Argentina se plasmaba conforme a sus «Bases y puntos de partida», había comprendido que la Patria es sola una... y era aquélla»<sup>2</sup>.

Veamos el argumento de *Peregrinación de Luz del Día*. En la Argentina de 1871, la *Verdad*, que ha tomado el nombre «Luz del Día», encuentra que los canallas de la literatura, Tartufo, Don Basilio, Gil Blas, Bartolo, manejan a los confiados argentinos en esa tierra que no era la suya. No es que se hayan argentinizado, sino que han extranjerizado al país.

«¿No comprendo —pregunta Luz del Día a Tartufo— cómo un italiano o un francés, que no ha dejado de ser francés o italiano, puede ser patriota de una patria que no es la suya?» «¿Y por qué no? —le explica Tartufo—. Es un patriotismo de empresa industrial, pero tan legítimo como cualquier otro. Si yo tengo una fábrica de tejas, mi fábrica es mi patria donde quiera que ella esté». ¿Pero cómo —piensa Luz del Día— Tartufo, Basilio y su cortejo de crápulas han conseguido dominar a los argentinos, que eran tan celosos de su tierra y conseguido imponerles su voluntad?... Encuentra que valiéndose de cuatro armas. Las *logias*, que «son máquinas de opresión, factores de opinión ficticia, fábricas o talleres de justicia convencional, manufacturas de verdad contrahecha, laboratorios de atmósfera moral»<sup>3</sup>. La prensa, «que tiene por objeto ocultar la verdad; los periódicos son publicados para evitar la publicidad, para oscurecer los hechos: son los enemigos naturales de la Verdad y de su luz, porque la Verdad los apaga como la luz del día aniquilada a la luz de la vela. La prensa —sigue diciendo Tartufo— es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial: todo su objeto es evitar que penetre la luz del día para que no se extinga la luz escénica»<sup>4</sup>. La *educación*, que para ellos consiste en instruir a los jóvenes con la calumnia, «calumnia de civilización y progreso (...) servirse del odio, de la mentira, del asesinato, del robo para hacer el bien y la felicidad de los demás (...) de nada sirve asesinar a su adversario político si el honor de su nombre ha de quedar en pie, y Basilio —explica Gil Blas— se encarga de suprimir a los enemigos y esculpir en su epitafio las palabras ladrón, asesino, tirano, embustero, malvado, para que el caminante exclame: ¡Bendita sea la mano que nos libró de él!»<sup>5</sup>. Cuando los caudillos —el Cid Campeador, Don Pelayo—, con sus caracteres, «mezcla de grandeza y de barbarie, de crimen y de heroicidad», consiguieron y custodiaron la independencia de la tierra, entre adoradores y secuaces fanáticos, y violentos e implacables enemigos, siendo generosos y desinteresados las más de las veces, tanto sus amigos como sus enemigos», la «dominación bastarda de España los llamó caudillos insurgentes» y «las otras dominaciones, no menos bastardas, no obstante surgir de la tierra misma, les conservaron la misma ojeriza»<sup>6</sup>. De allí que cuando Luz del Día le pide a Gil Blas, director de la Biblioteca Pública, un libro de historia argentina, éste le entregue «una biografía de bandidos hecha a propósito para servir de educación a la juventud»<sup>7</sup>. Completa la dominación de los *patriotas de empresa industrial* el cuarto instrumento, que es el *crédito*, porque «el dinero es el poder legítimo —dice Tartufo—, con el que se compra la obediencia, el respeto, el sufragio, las simpatías, las opiniones, las creencias, la fe, la esperanza (...). El poder da ciencia, sabiduría, juventud, belleza, títulos, condecoraciones, prestigio, admiración, opinión, concepto (...), y con el dinero se hace el poder, y con el poder se hace la verdad, el derecho, la moral»<sup>8</sup>. No quiere decir que los bandidos hayan traído de su patria el dinero para la empresa de dominar a la Argentina: «A los hombres y a los pueblos se los compra con su propio dinero —dice Tartufo—, como se los tiraniza con su propio poder». Todo hecho con hábiles manejos de contabilidad. «Nuestras cuentas públicas demuestran en cifras aritméticas la inversión legal del último centavo de la renta, que la realidad sabe disipada entre diez explotadores de la patria, pues con la simple precaución de poner 4 cuando es 2, y 14 cuando es 4, la lengua de los números viene a ser la lengua de la mentira histórica sin dejar de ser la lengua de la verdad matemática. La traición a la patria —agrega— puede ser perdonada. Pero la traición a su propio bolsillo es un crimen que no perdona el patriotismo de hoy

día. No hay más que un medio de asegurar la gratitud del país y es el de asegurarse una gran fortuna a sus expensas»<sup>9</sup>.

Alberdi caricaturiza en su libro del 71 el estado de una colonia donde los valores —y personajes— del extranjerismo mantienen un *patriotismo de empresa industrial* que ha barrido al viejo patriotismo de la independencia. Hay algo más, y sugerente, en su áspera sátira.

Está Don Quijote, ejemplo de las viejas virtudes castellanas. Pero el guerrero está más loco que nunca porque los libros de sociología y economía —las *caballerías* de la edad contemporánea— le han secado el poco cerebro que le dejó Cervantes. «No hay libro moderno, no hay doctrina social, ni teoría política, ni descubrimiento científico, cuya noticia haya escapado a su curiosidad ambiciosa». Don Quijote ha dejado de mano las hazañas de Tirante el Blanco o Pentapolín del Arremangado Brazo, para consagrarse a un proceso de organización nacional de otra forma, con los carneros en su estancia de la Patagonia, que sea la República perfecta donde la democracia sea verdadera y pluripartidista. Ya no está el prudente Sancho a su lado, y un avisado secretario instruido en las artes de la economía lo acompaña en la tarea de «extinguir las tinieblas y la ignorancia de un pueblo que ignora radicalmente el Gobierno de sí mismo»<sup>10</sup>.

Don Quijote vive de ilusiones como en el siglo XVI. «Decreta hombres libres, forma municipios, hace legisladores y electores por la mera virtud de sus decretos escritos (...). En España se tenía por héroe: ahora se cree Dios. ¡Que la libertad sea! dice aquí, como el que dijo ¡Sea la luz!, y el loco cree que la libertad ha nacido y es un hecho, porque existe su decreto escrito». Todo es para él obra de su palabra, «con tal que esa palabra esté escrita en forma oficial y en forma de decreto (...). No hay quien lo disuada que un decreto es una *institución*, es decir un *hecho real*, porque nadie debe negar que el decreto está escrito y es un hecho escrito». Ya no sueña con aquella dichosa edad y siglos dichosos que los antiguos pusieron el nombre de dorados —como dijo a los cabreros en un famoso discurso—. Ahora aborrece el pasado que lo trae a la realidad, y abomina de la Historia que narra ese pasado. Entre las armas y las letras prefiere las armas y con su lanzón en ristre impone sus convicciones. Por decreto «suprime la historia del país y su compleción o constitución social» que el país le debe, y ordena por otro decreto que lo «que ha sucedido no sea lo que ha sucedido, sino lo que ha dejado de suceder». Con el secretario logrero, que aprovecha la locura de su señor para quedarse con la lana de la estancia y esquilmar a sus habitantes, quiere establecer un Congreso «que será elegido por los ciudadanos cuando sepan elegir» y provisionalmente los designará el gobernador supremo. Forma una «Academia del silencio, destinada a cultivar la gran ciencia del callar»; dicta un Código cuyo artículo primero define admirablemente la ley como «la necesidad de todos, sentida y proclamada por uno solo», y las libertades del ciudadano, que consisten en «no hablar, no escribir, no leer, no hacer nada», penando con supresión inmediata a los que «se empeñen en obrar ilegalmente»...

<sup>1</sup> Bases, cap. XV, en J. B. Alberdi, *Obras Completas* (Imp. «La Tribuna Nacional». Buenos Aires, 1886), t. III, pp. 426 a 438 (comentarios en J.M.R. *Historia Argentina* t. VI. página 103).

<sup>2</sup> J.M.R., *E! otro Alberdi. Su libro .Peregrinación de Luz del Día.*, (prólogo de la edición de la obra por ed. Choele-Choel, Buenos Aires, 1947). Conferencia pronunciada en el Instituto J.M. de Rosas de Investigaciones Históricas, el 10 de noviembre de 1944.

<sup>3</sup> J. B. Alberdi, *Obras, cit.*, t. VII, pp. 194-195.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 205.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 260.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 263.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 245.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 203.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 203.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 237.

## El «despertar del patriotismo» en los años treinta

Me he servido de ambas citas de Alberdi para mostrar la índole del «patriotismo» de algunos de la Argentina renacido con la revolución en 1930: la materialista apetencia de Bases y las amargas caricaturas de *Luz del Día*, no por exageradas dejaremos de reconocer que encierran dolorosas verdades.

Cuando en 1932 trascendió la misión del vicepresidente a Londres, las palabras de Guillermo Leguizamón sobre nuestra semejanza a un dominio británico, los discursos de Roca y el príncipe de Gales en el banquete de confraternidad, la índole del pacto Roca-Runciman y —al año siguiente— el objetivo de la misión Niemeyer, se produce en buena parte de la opinión argentina —la frase es de Ernesto Palacio— un «brusco despertar del patriotismo». Nuestra dependencia era ignorada, porque todo —ya lo había visto *Luz del Día* en 1871—, la educación, la prensa, la

enseñanza de la historia, el poder de los cenáculos sociales, había conspirado para que no se conociese nuestro estado de coloniaje.

El juicio de Guillermo Leguizamón de que la Argentina «se parece a un Dominio británico» produjo reacción hasta en *La Prensa* (cuyo liberalismo nacionalista la acercaba a lo nacional), que lo calificó de «poco feliz». Sin embargo, era la apropiada para la índole de la misión: se lo había comisionado, precisamente, para gestionar que la Argentina fuese tratada en las condiciones de un Dominio británico.

No eran los comisionados (estaría de más decirlo) agentes venales de un dominio exterior, sino correctos caballeros que defendían los intereses de su patria. No era culpa suya que su patria no fuese una nacionalidad.

## Manifestaciones de una conciencia nacionalista en 1933

El tratado Roca-Runciman no era una traición de la oligarquía gobernante, ni menos una avidez de Gran Bretaña, como lo han repetido casi todos quienes lo estudiaron. Estaba en la naturaleza de nuestra relación dependiente y en las ventajas que una minoría nativa debe sacar de esa dependencia. No es fundamentalmente distinto de todos los convenios económicos y políticos que ataron a la Argentina a esa metrópoli.

Pero en 1933 llegó una hora en que la Argentina despertaba a la realidad. Tímida, parcialmente, una conciencia nacionalista había renacido y, aun cuando los casos del Alberdi de *Luz del Día* eran excepcionales y apenas pueden citarse los nombres de Vicente Fidel López en la generación de Alberdi, o Leandro Alem y Adolfo Saldías en la del ochenta, al empezar el siglo XX ya maduraba una conciencia nacional.

Es cierto que el partido radical, que hundía su raíz en el viejo federalismo, se encontraba en 1933 aprisionado por el antipersonalismo de Alvear, pero entre los jóvenes se agitaban inquietudes que retomaban la línea de Yrigoyen. Todavía vagas, como fue vago el nacionalismo de Yrigoyen, pero que madurarían dos años más tarde en el movimiento de FORJA.

También en 1933 existía una corriente que se llamaba a sí misma «nacionalista», pero sus integrantes no se ponían de acuerdo sobre el significado de la palabra. Para Juan P. Ramos la salvación del país estaría en el corporativismo que predicaba desde ADUNA. Rafael Campos, jefe de la Legión Cívica, no ha tenido ocasión de definir su nacionalismo y mantiene amistad personal con Justo; mayor inquietud se encuentra en los jóvenes de la Liga Republicana de Roberto de Laferrere por encontrar la parte positiva de su acción, hasta entonces negativa. Contradictorios en sus explicaciones, disímiles en los remedios, hacen que Rodolfo y Julio Irazusta, acompañados de Ernesto Palacio, se alejen del nacionalismo, que despectivamente llamaron «uriburista», para incorporarse al radicalismo y desengañarse al poco tiempo.

Pese a estas contradicciones, la comprensión del estado de dependencia que produjo el pacto Roca-Runciman germinó en la juventud nacionalista y en la radical. A mediados de 1933 Rodolfo y Julio Irazusta empiezan su libro *La Argentina y el imperialismo británico* (que publicaron en 1934); y con alguna antelación, Leopoldo Lugones, desengañado de Justo, ha escrito *El Estado Equitativo*, opúsculo de 111 páginas que preconiza teóricamente la industrialización para eliminar a la oligarquía ganadera, no depender del comercio exterior y «que la Argentina sea de los argentinos».

El pacto Roca-Runciman le ha mostrado que la Argentina de 1933 no es ni *grande* ni *fuerte*; ha intuido la falsificación de la historia: «la Constitución es el poema ideológico del extranjerismo» que venció a Rosas y sobre sus ruinas debe crearse el Nuevo Estado.

«La producción argentina va a ejercer el Gobierno económico del país —escribe esperanzado— en vez del comercio extranjero de Buenos Aires. La Argentina del extranjerismo liberal va a ser en adelante de los argentinos. La colonia librecambista va a convertirse en la gran nación capaz de bastarse y protegerse (...). Ello le impone la tarea de gobernarse por sus elementos propios. Es decir: de adentro para afuera, según lo exigen la realidad y la sensatez»<sup>11</sup>.

Contradictorio en sus explicaciones materiales, disímil en los remedios a aplicarse, los nacionalistas, que han tomado conciencia del estado de dependencia (que no son todos los que se llamaban «nacionalistas»), tratan de unificar las diversas agrupaciones en una entidad y obedecer a un solo jefe. La tarea no es fácil, porque la «toma de conciencia» no es total.

Finalmente se llega a un acuerdo en el nombre de la entidad: *Guardia Nacionalista*; en el jefe, Leopoldo Lugones, y en los propósitos que serían expuestos en una proclama de cuya redacción se encarga Lugones.

El 12 de agosto de 1933, aniversario de la Reconquista contra los ingleses, se lee la proclama:

«Fracasado en el mundo entero el liberalismo que determinó y hasta hoy condiciona nuestro sistema económico y constitucional, este desenlace histórico impone una reorganización perentoria (...) cuanto más nos retardemos, más humillante y nocivo nos resultará su incontenible arrastre (...). Cada nación procura atenerse a lo propio y no contar sino con ella misma hasta donde le es posible (...). La merma y desorganización reciente del comercio internacional que nada puede contener, y la amenaza cada vez mayor de las sectas sin patria (...), han promovido esta reacción patriótica que el nuestro experimenta con doble intensidad por haber sufrido más que ninguno la degeneración extranjerista del liberalismo. Hemos vivido hasta hoy de afuera para adentro. Nuestras ideas, costumbres, leyes y hasta sentimientos han sido artículos de importación. El comercio extranjero ha dominado todo, inclusive nuestra moral, que por eso es tan baja y tan confusa. No tenemos propio más que la existencia, y esta misma es la de una colonia bajo la economía liberal.

«Contamos entre los países más aptos para la vida completa, es decir, en lo nuestro y de lo nuestro (...). El país consume ya el 70 por 100 de la carne que produce: pero mucha población del interior no lo hace por falta de recursos. Si se le diera trabajo remunerador y mercado fácil, el consumo propio se elevaría al 90 por 100 y más, liberándonos de Inglaterra y permitiéndonos seguir con nuestra clientela exterior en condiciones dignas, segura y ventajosa (...). El país tiene que reconstruirse con sus valores y elementos propios, reduciéndose a lo que sean y den, porque no puede esperar del extranjero sino explotación y servidumbre. La era de la opulencia y el derroche ha pasado».

Contrapone la *equidad* («el derecho del pueblo al bienestar compatible con la riqueza del país) a la *libertad que el liberalismo nos ha creado* «incondicional e irresponsable», y entre nosotros «extranjerizante». «El reconocimiento de esta verdad obliga a toda conciencia honrada; y dicha obligación es lo que se llama *deber* (...). Llamamos *libertad* al *deber* aceptado; justicia, al *deber impuesto*, y al poder de armonizarlos socialmente, *autoridad*».

La acción a desplegar debe ser educativa: «Nuestra enseñanza, siempre de imitación, nunca tuvo en vista lo nacional, su objeto nacional, que debe ser la formación del buen argentino. Sólo se ocupa del hombre como entidad teórica o tipo internacional que en ninguna parte existe, y de su habilitación para la vida como si fuera una máquina de producción y consumo (...). La cultura no es acopio de nociones útiles, sino un resultado moral. Por eso enseñamos el patriotismo como un ramo cualquiera, cuando instrucción y educación deben concurrir totalmente a mantenerlo, desarrollarlo y erigirlo en fundamento de la cultura... basar la enseñanza en la apología histórica y el conocimiento intensivo del país».

«Ochenta años de liberalismo extranjero y de imitación servil, no han podido darnos una organización adecuada. Han transcurrido en constante violación y fidelidad hipócrita a la Constitución que copiamos de los Estados Unidos (...). Nada propio tenemos que lamentar en su ya inevitable derogación»<sup>12</sup>.

Tal vez nunca estuvo más claro, más nacionalmente maduro, el pensamiento de Lugones que en la proclama de la Guardia Nacionalista. Sin embargo será encontrada «demasiado doctrinaria» y la autoridad del «jefe único» se discutirá. La Legión Cívica amenazó con separarse; exigió que la Guardia llevase uniforme, y ése no era el pensamiento de Lugones que esperaba todo de la educación y no de la acción.

Los jefes militares de la Guardia recelan de Lugones. El almirante Renard, que ha sido designado asesor militar del «jefe», da su opinión personal a un grupo de jóvenes: «Es un hombre (Lugones) extraordinariamente inteligente, tan agradable en su conversación que fácilmente uno se deja envolver por ella, sin reparar en lo concreto de las afirmaciones, que brillan por su ausencia. Lugones (dice despechado, tal vez porque se ha preferido para jefe a un civil) es sin duda un eficacísimo colaborador, pero tiene a mi juicio un gran defecto, el defecto de todos los civiles: habla demasiado bien, de tal manera que uno acaba por embriagarse con la música de las palabras. Nosotros los militares estamos acostumbrados a las órdenes desnudas y a la recia claridad del cuartel»<sup>13</sup>.

La crisis de la Guardia se producirá en abril de 1934 en momentos de inquietud revolucionaria. Están presentes los altos mandos militares y civiles del nacionalismo. Lugones plantea: «¿Qué actitud adoptaría el Ejército y la Armada en el supuesto de que se produjeran en el país acontecimientos graves que obligarían a los nacionalistas a salir a la calle?»

El almirante Renard contesta: «La Marina responde íntegramente a sus jefes, y lo que hicieran éstos haría la Marina siguiendo la tradición de jerarquía y desinterés que le inspiraban sus superiores de alta graduación».

El general Fassola Castaño: «El ejército argentino no podrá comprometer su palabra, pues es, por fortuna, una entidad demasiado seria y responsable dentro y fuera del país, pero que sus jefes no ignoraban la gravedad de las situaciones que la política podía plantear y, sin comprometer opiniones prematuras, sabría, llegado el momento, lo que tendría que hacer»<sup>14</sup>.

Los civiles nacionalistas podían hablar, pero los militares tendrían la decisión revolucionaria. *La hora de la espada* no se mostraba propicia a su profeta.

El 25 de abril Lugones renunciaba a su inútil jefatura y al nacionalismo. La Guardia dejó de existir.

<sup>11</sup> Transcr. de F. Ibarguren, *Orígenes del nacionalismo argentino*, (ed. Celsius, Buenos Aires, 1970), pp. 121 y ss.

<sup>12</sup> En F. Ibarguren, ob. cit., pp. 187 y ss.

<sup>13</sup> b *Ibíd.*, pp. 201-202.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 224.

## El movimiento cultural y político católico (1934)

De los redactores de *La Nueva República* de 1928, fuera de César Pico, de cultura teológica y versación litúrgica (lo que le valió que se le llamara el «Vicepapa»), Alberto Ezcurra Medrano y Ernesto Palacio, ningún otro era creyente, a lo menos militante. La religión era cosa íntima y a nadie le interesaba el grado de la fe en cada uno.

La revista *Criterio*, órgano del arzobispado, iniciaría hacia 1927 una campaña de cultura católica. Jóvenes escritores y poetas colaboraron en ella. En 1930 la dirige el padre Gustavo Franceschi, y sus páginas se abren a los escritores nacionalistas Ernesto Palacio y Leonardo Castellani. Alternando con notas de Enrique de Gandía, colaboran en 1934 Rodolfo Irazusta, Ernesto Palacio, el historiador revisionista José E. Assaf y el padre Castellani. Los editoriales de Franceschi se inclinan al «nacionalismo», distinguiéndolo cuidadosamente del fascismo.

Hacia 1933 se fundan los *Cursos de Cultura Católica*, donde César Pico y los sacerdotes Castellani, Sepich y Meinvielle dictan cursos de filosofía tomista, liturgia e historia de la Iglesia.

Allí se adoctrina una generación de nacionalistas: Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Goyeneche, Mario Pinto, Santiago de Estrada, Mario Amadeo, Máximo Etchecopar, Héctor Llambías, Héctor Bernardo, Felipe Yofre, Juan Carlos Villagra, Fernando Cullen, Federico Ibarguren, etc.

El éxito de concurrencia del Congreso Eucarístico celebrado en Buenos Aires en octubre de 1934 hizo que el presidente Justo, al hacer el legado pontificio la consagración, pronunciara palabras de fe, espada en alto.

La noche del 10 de octubre, un impulso místico sacude a Buenos Aires. Se imparte la comunión en la plaza de Mayo, y la muchedumbre rebalsólla plaza y la avenida de Mayo. Según cálculos se impartieron quinientas mil comuniones.

«Tuve la oportunidad de presenciar escenas verdaderamente milagrosas —dice el joven Federico Ibarguren—. Gente de alpargatas y el pañuelo al cuello, vendedores de diarios, guardas de tranvías de uniforme, etc., se precipitaban en busca de un sacerdote y se confesaban con una unción invencible. Esa misma gente, momentos antes había visto pasar la procesión con una indiferencia que no hacía sospechar la súbita transformación que estaban sufriendo. ¡Espectáculo inolvidable! En medio de cánticos y oraciones la enorme multitud cubría la avenida de Mayo desde el Congreso a la Casa de Gobierno»<sup>15</sup>.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 253.

## FORJA (1935)

Cuando la convención radical levantó la abstención el 3 de enero de 1935 no quedaba más camino para quienes se sentían yrigoyenistas que enfrentar a las autoridades partidarias con una «campana de recuperación nacional», dice Scenna<sup>16</sup>, que devolviese al partido, y al país, el sentido que debió tener. Unos cuantos muchachos —Arturo Jauretche, Homero Manzione (Manzi), Atilio García Mellid, José Luis Alvarado— y otros de mayor edad y actuación —Manuel Ortiz Pereyra, Juan B. Fleitas (que fuera ministro de Yrigoyen), Amable Gutiérrez Díez, Gabriel del Mazo, Luis Dellepiane— se reunieron el 29 de junio de 1935 en un sótano de la calle Corrientes casi esquina Callao para formar una agrupación que devolviese al radicalismo su sentido histórico. Así nació FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). La sigla fue imaginada por Jauretche, el más entusiasta del grupo, recordando unas palabras de Yrigoyen «todo taller de forja parece un mundo que se derrumba».

Hubo sus precursores. Vimos que el núcleo de los *radicales fuertes* bregaba desde fines de 1934 (en vísperas de reunirse la convención radical que levantó la abstención) para que el partido no abandonase la postura intransigente. Publicaron un manifiesto —*Vocación revolucionaria del radicalismo*— cuya redacción se atribuye al joven José Luis Alvarado.

Atilio García Mellid, integrante de los *radicales fuertes*, escribió en febrero de 1935 una carta abierta a Honorio Pueyrredón (que presidió la convención que votó la concurrencia a elecciones). Definía el nacionalismo de los jóvenes radicales y la profunda diferencia filosófica que los separaba de las autoridades del partido: «Una equivocada dirección que desdeña los antiguos caminos espirituales y se define por el materialismo, el intelectualismo y el racionalismo, que exalta la técnica y posterga la moral debía, necesariamente, desembocar en esta encrucijada (...) las clases directoras del radicalismo siguen imbuidas de los conceptos y métodos que son típicamente de la *generación del 80*: aquella generación dada a los halagos materiales y a las voluptuosidades del poder, generación sensualista, descreída y europeizante, que se resuelve por la concepción materialista de la historia (...) una nueva generación se ha hecho presente en el país y en el seno del partido y reclama enérgicamente su derecho a gobernarse por sí misma, sin imposiciones que desvíen su destino, sin inclinarse —en nombre de la disciplina y hasta de la *jerarquía*, que es palabra grata a algunos dirigentes partidarios— a deponer la inflexibilidad de sus conceptos. Una nueva generación radical, señor, que ya no se siente representada por sus directores. ¡Hombres de estado necesita el radicalismo, señor!»

En el periódico *Señales*, de Martínez del Castillo, colaboraban, junto con escritores nacionalistas, Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Jorge del Río, hermanados en la crítica por la entrega material y moral del país.

No obstante, no puede, todavía, identificarse a Forja con el «nacionalismo». Había resabios de liberalismo en muchos forjistas, no en todos; y los viejos nacionalistas no habían comprendido que la revolución liberadora debía surgir del pueblo, de abajo para arriba, de las clases populares a las clases altas.

Constituida FORJA con la presidencia de Luis Dellepiane y vicepresidencia de Jauretche, aprobó su manifiesto constitutivo.

«Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre. El proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general revela la existencia de una lucha del pueblo en procura de su soberanía popular para la realización de los fines emancipadores de la revolución americana contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural (...). La

Unión Cívica Radical ha sido, desde su origen, la fuerza continuadora de esa lucha por el imperio de la soberanía popular y la realización de sus fines emancipadores (...). El actual recrudecimiento de los obstáculos opuestos al ejercicio de la voluntad popular corresponde a una mayor agudización de la realidad colonial, económica y cultural del país».

Terminaba con tres advocaciones: «Por el radicalismo a la soberanía popular.

Por la soberanía popular a la soberanía nacional.

Por la soberanía nacional a la emancipación del pueblo argentino».

Tres días después —el 2 de julio— FORJA hizo su primer acto público en el teatro Boedo, seguido de otro en la Casa Suiza y un tercero en el Coliseo de Flores. Tuvieron éxito relativo. Los jóvenes intelectuales no arrastraban al pueblo. No obstante siguieron su campaña sin desfallecer mientras las asambleas de los viejos «nacionalistas» —que no pretendían dirigirse al pueblo— colmaban los teatros centrales. Hablaban casi el mismo lenguaje, pero en ese «casi» estaba la diferencia. Los nacionalistas eran intelectuales que se dirigían a otros intelectuales que ya estaban convencidos; los forjistas eran intelectuales que querían despertar el sentimiento nacional en la masa por medio de razonamientos. Más éxito tuvieron con las conferencias o clases en el sótano de la calle Lavalle, donde acabó instalándose FORJA, concurridas por muchos nacionalistas.

Adherentes tuvo pocos. La exigencia de la militancia radical contribuía a ello. Raúl Scalabrini Ortiz, que disertaba en el sótano de Lavalle y escribía en su boletín, no quiso inscribirse.

<sup>16</sup> M. A. Scenna, *FORJA. Una aventura argentina* (ed. La Vastilla, Buenos Aires, 1972), t. 1, pp. 86-88.

## B) EL REVISIONISMO HISTÓRICO

### Concepto

La consecuencia del «despertar del patriotismo en el campo de la cultura» fue el *revisionismo histórico*: exposición del pasado con criterio argentino.

La historiografía exige, como toda disciplina científica, una labor de *análisis* y otra de *síntesis*. La primera reconstruye los hechos del pasado por el *análisis* de las fuentes (documentos, testimonios, periódicos, cartas privadas, memorias, etc.). Pero no se agota la labor del método histórico con la reconstrucción de los hechos. La historiografía no es simple erudición, no es «pequeña historia» de hechos intrascendentes; es, esencialmente, comprensión de la sociedad y los factores que incidieron en sus cambios. Reconstruidos los hechos, deben valorarse de acuerdo a su importancia social. Es lo que se llama la *síntesis* histórica («hermenéutica» prefieren decir algunos).

Si el análisis ha sido estrictamente objetivo para ser valedero, la síntesis no puede dejar de ser subjetiva. Los historiadores no son dioses que juzgan desde el Olimpo, sino hombres que viven en la tierra e integran comunidades sociales. Su criterio para juzgar la historia depende de que predominen en ellos los vínculos de nacionalidad, de su clase social o su ideología particular.

Una auténtica historia argentina exige una reconstrucción aproximada del pasado (cumplida a medias entre nosotros) y una valoración con criterio argentino. (Entendiendo, no está de más decirlo, por patria al conjunto de los argentinos.) La historiografía clásica ha enaltecido los valores de la ideología liberal y a través de ellos los beneficios de una clase social. Con el «revisionismo» la historia dejaba de ser liberal (o marxista o de cualquier ideología que antepusiera una clase a la patria) para ser nacional.